

de suceder en el porvenir. A pesar de las fingidas esperanzas que todos estaban obligados á manifestar en alta voz, un presentimiento secreto á todos les decía que Márquez no había de volver. El tiempo ha demostrado cuán fundados fueron estos temores (1).

ferir, "que Taylor lo quería mucho, que era su amigo de catorce años y le debía la vida."

El día 7 fué Taylor, á las once de la mañana; las señoras le condujeron á la pieza de Vidaurri, y habiendo llegado inmediatamente después de él una familia que iba á visitarlas, pasaron á la sala. Al sonar las doce, como era la hora en que su huésped acostumbraba comer, una de ellas fué á la cocina, mandó á las criadas á la calle, y, al dirigirse á su pieza, para servirle la comida, se detuvo, porque recordó que allí estaba Taylor. Oyó que ambos disputaban y que Vidaurri, que, siempre precavido, hablaba quedo, en aquellos momentos levantaba irritado la voz. No pudo percibir nada de lo que se decía, porque casi al mismo tiempo abrióse la puerta y salió Taylor, prorrumpiendo antes de cerrar:

—No extrañe usted que no venga en algunos días, porque estoy muy malo.

Estaba agitado, y su preocupación era tal, que pasó junto á la señorita, quien, temerosa de que creyeran que estaba escuchando, se había sentado en una cama, y no la vió.

(1) Cuando el Emperador se convenció de la traición de Márquez y en la cual no creíamos entonces, se nos refirió que en la mañana del 23 de marzo y cuando la partida de aquel general fué conocida, López, el favorito, dirigió á S. M. las siguientes palabras: "Señor, el general Márquez va á traicionar á Vuestra Majestad." La verdad de aquel proverbio español: *Juzgamos á los demás por nosotros mismos*, estaba plenamente justificada. — *N. del A.*

XVI

Marcha del general Márquez para México.—

El Emperador le autoriza para conservar ó abandonar la capital.—Decreta á su llegada un préstamo forzoso, fracciona las tropas, y en lugar de socorrer á Querétaro, se dirige á Puebla, sabiendo muy bien que Querétaro no podía sostenerse.—Elige el camino más largo al dirigirse á Puebla con el fin de que Querétaro sucumba durante su marcha.—Se detiene en San Lorenzo, y espera que los republicanos, vencedores en Puebla, marchen sobre él, y se hace derrotar.—Márquez es el primero que huye del campo de batalla y contribuye con esto á la dispersión de sus tropas.—El ministro de la guerra manifiesta el deseo de someterlo á un consejo de guerra.—Vidaurri y Quiroga no consiguen de Márquez que envíe recursos á Querétaro.—Vidaurri envía al Emperador 150,000 pesos, pero Márquez se guarda la libranza.—La derrota de San Lorenzo asegura á Márquez el triunfo de su venganza.

Protegido por las sombras de la noche y por su escolta de caballería salió el traidor de Querétaro, y merced á las marchas forzadas que eje-

Al salir, se encontró con las demás señoras, que volvían de acompañar á las visitas que acababan de irse, y colérico todavía, en vez de despedirse dándoles la mano, como acostumbraba hacerlo, sólo dijo:

—Buenas tardes.

cutó atravesando la sierra, logró entrar en México el 29 de marzo.

En la situación difícil que el traidor había criado, lo que importaba sobre todo era salvar á Querétaro, donde se encontraba el Emperador identificado con el Imperio. A Márquez se le ha-

Y bajó precipitadamente la escalera. Las señoras atribuyeron aquélla á distracción. Vidaurri no dijo nada; comió poco y se acostó, lo mismo que todos los días, á dormir la siesta. Momentos después llegó el señor Wright, y al sentarse á la mesa dijo á su esposa, "que al venir había encontrado á Taylor y le había dicho que, como casi en todo el día no estaba en su casa, al día siguiente, á las siete de la mañana, iría á desayunar con él, antes de que saliera, para hablarle de un negocio." El señor Wright encargó que á esa hora estuviera listo el desayuno; y entonces la señorita, que había oído á Taylor despedirse de Vidaurri, contó lo que había pasado, pareciéndoles á todos rara la contradicción de haber dicho primero que no iría en algunos días, y luego que iría al día siguiente. Terminada la comida, el señor Wright quiso informarse de ésto con Vidaurri; pero todavía no se levantaba. Como era domingo y no tenía quehacer, salió con su esposa y una de sus hijas á visitar á una hermana, que estaba enferma, aplazando para la noche la conferencia con Vidaurri; pero éste, á las siete, tomó chocolate y se acostó, diciendo que no quería nada más, porque se sentía algo mal del pecho, por lo que, al llegar el señor Wright á las nueve, no pudo hablarle.

* * *

Al día siguiente, 8 de julio, á las seis de la mañana, todos dormían en la casa, excepto la señora, que, por encontrarse amagado su esposo desde días antes de una neuralgía, se había levantado para ponerle una friega, y una

bía autorizado para que abandonase la capital ó dejase en ella guarnición, según que el número de tropas que contuviera, fuese ó no suficiente para fraccionarlas, sin reducir por esto los recursos que debía mandar á Querétaro. México contenía, cuando llegó Márquez, de diez á doce mil hombres de las tres armas.

de sus hijas, que acostumbraba levantarse muy temprano. A poco oyó ésta que llamaban á la puerta de la antesala, y, al abrir, se encontró con el general Francisco Vázquez Aldama, jefe de policía en aquel tiempo, y treinta hombres que subían tras él la escalera, todos con pistola en mano. El general Vázquez dijo á la señorita, que casi desfallecida de terror no podía hablar ni moverse:

—Vengo á que se me entregue la casa, porque voy á catear.

A la vez que otro jefe le decía:

—Entrégueme usted sus pistolas.

Al decir ésto, habían penetrado ya en la sala y la primera recámara, donde dormían otras hijas del señor Wright; y al verlas despertarse espantadas, el general dijo á los suyos:

—Son señoritas; retirense.

Y preguntó á la joven que se había levantado, señalando la puerta siguiente:

—¿Qué pieza es esta?

—La recámara de mi mamá—contestó la joven.

—Tenga usted la bondad de prevenirla que voy á pasar.

La señorita abrió la puerta, y, á la vista de la policía, mientras el señor Wright se sentaba sobresaltado en la cama, la señora ocurrió á la puerta de la recámara de Vidaurri, llamó precipitadamente, diciendo fuera de sí:

—¡Escóndase usted, señor!

Vidaurri que estaba ya levantado y se encontraba le-

Inmediatamente que éste llegó á la capital, impuso un préstamo forzoso de 500,000 pesos y tuvo el tiempo suficiente para hacerlo efectivo. Aunque sabía muy bien que la situación del Emperador era sumamente angustiosa y que, aun haciendo esfuerzos heróicos, Querétaro apenas

yendo en las poesías de Heredia la oda "A la Religión," dejó el libro abierto, señalado con los anteojos, abrió, y al encontrarse con la policía, cerró violentamente, atrancando la puerta.

El general Vázquez, al ver esto, dijo:

—Señora, tenga usted la bondad de hacer abrir la puerta.

Pero en el mismo momento volvió á abrir Vidaurri y gritó:

—Señor Wright, mis pistolas!

El general Vázquez se interpuso como para impedir que se acercara el señor Wright, y un grupo de policías lo rodearon junto á su cama, de la cual acababa de bajarse. Las pistolas no estaban en poder de su dueño, porque mirando la señora que las tenía sobre la mesita en que se le servía la comida y que estorbaban, le manifestó días antes que iba á guardarlas, y las puso en un ropero de la recámara inmediata. Al ver Vidaurri que el señor Wright no podía atenderlo, se volvió altivamente al general Vázquez, entablando ambos el siguiente diálogo:

—¿Quién es usted?

—El General Vázquez es el que lo prende á usted.

—Y ¿por qué?

—Por traidor.

—Yo no soy asesino; no he asesinado á nadie.

En aquel momento el general Vázquez ordenó en voz alta:

—Una cuerda, y si no la hay en la casa, que la vayan á comprar,

podría sostenerse durante los quince ó veinte días que se habían calculado para la llegada de los refuerzos, Márquez fraccionó las tropas, y en lugar de dirigirse con ellas á Querétaro, salió de México el 30 de marzo, llevándose 5,000 hombres, y marchó sobre Puebla con el pretexto de socorrer

Un policía cortó una en que los criados colgaban su ropa en la azotehuela. Traída que fué, los policías se echaron sobre el preso, arrojándole sobre un sofá, y como tratase de resistir, el general Vázquez le dió un golpe en la cabeza con la culata de la pistola. Una vez sujeto, le ataron un extremo de la cuerda al pie derecho, y con el otro extremo le ataron los brazos para atrás, hasta unirselos los dos sobre la espalda. Las señoritas de la casa rodearon al señor Vázquez llorando é implorando su misericordia, y hubo un momento en que éste, conmovido, exclamó:

—Déjenlo.

Pero uno de los que le amarraban contestó:

—¿Qué déjenlo! Así sufrieron los de las cortes marciales.

Durante este suplicio Vidaurri sólo dijo:

—Estoy enfermo; me estoy muriendo; para qué este tormento, ¿no me van á asesinar? Señor Vázquez, ¿no tiene usted corazón? no es usted humano?

A lo que el general Vázquez contestó:

—Si no soy humano, ¿qué soy?

Quando Vidaurri estuvo amarrado, dos policías quedaron con él, y los demás se dirigieron á la pieza siguiente, donde el señor Wright habia permanecido vigilado por otros. Entonces su esposa y sus hijas, locas de dolor al ver que su padre iba á correr la misma suerte, se arrojaron á los pies del general, quien compadecido las calmó diciéndoles:

—No se aflijan, señoritas; no se aflijan: no me llevo á su padre.

á esta plaza, sitiada entonces por el general Porfirio Díaz (a).

El nuevo lugarteniente del Imperio sabía perfectamente que, por culpa suya, las tropas sitiadas en Querétaro carecían de pólvora, de plomo, de proyectiles y de cápsulas; no ignoraba

Y dirigiéndose á él, le preguntó cómo se llamaba y si no tenía bonos ó papeles del Imperio, rehusando las llaves que le entregaba la señora para que mandara registrar los roperos, y pidiendo sólo las pistolas, que le fueron entregadas. En seguida dijo al señor Wright:

—Usted, señor, no tiene nada que temer, no ha hecho mas que cumplir con su deber de caballero; yo, en su lugar, hubiera hecho lo mismo. Se queda usted en su casa; sólo que, como pueden ofrecerse algunas informaciones, ¿me da usted su palabra de presentarse si lo llaman?

(a) Una prueba de que Márquez obró conforme á instrucciones del Emperador, en este caso, es el fragmento que sigue de una carta del ministro de guerra Portilla al general Manuel Noriega, comandante de la 3.^a división del segundo cuerpo de ejército, en Puebla:

“A S. M. el Emperador, de quien tenemos prósperas noticias, he dado conocimiento de lo que pasa por ese rumbo, y una división de las tropas que consigo tiene, estará muy pronto en auxilio de Puebla para perseguir á los que sitian.”

La carta está fechada el 16 de marzo, siete días antes de que Márquez saliera de Querétaro.

Una carta de Márquez, de fecha muy posterior, dirigida al mismo general Noriega, quien indudablemente se encontraba inquieto por su situación, dice:

“No tenga Vd. cuidado respecto de Puebla, porque yo estoy pendiente de esa ciudad y cualquiera que sea su fuerza, puede contar con toda la que aquí hay, que estará pronta para auxiliarle.” [Nota de A. P.]

que cada disparo de cañón era una pérdida irreparable en el parque de los imperialistas. El compromiso contraído por Ramírez Arellano para suplir esta falta de municiones, por medios improvisados, se había juzgado irrealizable en semejantes circunstancias, y en todos casos insuficiente.

Prometido esto, dió orden de partir, despidiéndose de la familia, á quien dijo “que perdonaran el mal rato que les había dado; pero que así había tenido que obrar en cumplimiento de su deber.”

Trajeron entonces á Vidaurri, y al pasar por la recámara donde estaba la familia, la señora quiso echarle sobre los hombros un abrigo, pero uno de los que le conducían lo impidió, hablando:

—Que se moje; así sufrieron los de las cortes marciales.

El día estaba nublado y llovía. Otra de las señoritas le dijo que cómo había de ir sin sombrero, á lo que él contestó refiriéndose al sombrero de Bans, que no había vuelto á usar,

—No lo tengo, ni me permitirían los señores buscarlo.

Entonces el señor Wright tomó de un perchero que tenía cerca un sombrero y se lo puso. Vidaurri le dió las gracias y se despidió diciendo:

—Adiós, señor don Santiago; mil gracias por todos los favores que me ha hecho. Yo no podré recompensarlos, pero Dios se los pagará. Adiós, niñas, mil gracias por todo.

Cuando todos hubieron partido, las personas de la familia quedaron atónitas y sin darse cuenta de nada. Algún tiempo después, el señor Wright fué el primero que habló preguntándose cómo se había descubierto aquello. Ocurriósele entonces que se habían realizado los temores de su esposa, con motivo de las frecuentes visitas de Taylor. Recordó que éste debía haber ido á tomar el desayuno con

ciente con los elementos que tenía á su disposición. Por consiguiente, era preciso que, á los pocos días de la salida de Márquez, la plaza sucumbiese.

Halagado con esperanza tan lisonjera y á fin de asegurar mejor el resultado que esperaba el lu-

él, y que siendo ya las ocho y no habiendo llegado, lo habrían seguido y aprehendido antes que á Vidaurri, y por eso no se había presentado. En el estado de excitación en que estaba, mandó traer un coche, y no sabiendo en qué hotel vivía Taylor, se dirigió á la casa de Bans, aunque sabía que estaba ausente, para informarse con el portero. Sorprendióse cuando éste le dijo "que no sabía; pero que si quería ver al señor, subiera, porque allí estaba." Mayor fué su sorpresa cuando vió entonces sentados á la mesa almorzando, no sólo á Taylor, sino á Bans también, y todas aquellas impresiones se convirtieron en furor cuando, sin fijarse siquiera en saludarlos, les dijo que acababan de llevarse preso á Vidaurri, y en vez de asustarse, los dos se quedaron impasibles y Taylor le contestó con la mayor calma:

—Déjelo usted; se ha perdido por miserable.

Al oír aquellas palabras, la indignación del señor Wright no tuvo límites: les dijo que ya comprendía la venta que habían hecho; les echó en cara su cobardía, su traición, su infamia; y siempre que recordaba este terrible episodio, decía que se alegraba de no haber tenido en ese momento una pistola, porque se habría convertido en asesino matándoles á los dos. A todo esto, Taylor no contestó nada, y Bans sólo expresó:

—Y á mí qué tiene usted que decirme: yo sólo fui á verlo á la casa de usted tres veces, y después he estado fuera.

—Usted, le dijo el señor Wright, es el jesuita que ha dirigido la escena tras de la cortina; pero nos veremos después.

garteniente del Imperio, no se limitó á dirigirse sobre Puebla, en lugar de marchar hacia Querétaro, sino que, habiendo dos caminos que conducen á la primera de estas ciudades, el uno directo por Río Frio, y el otro mucho más largo, que pasa por los Llanos de Apam, escogió éste último para hacer más dilatada su marcha. (a)

Y volviéndoles la espalda, salió de la casa. Acabado apenas de llegar á la suya, fué á buscarlo el coronel Macmuerter con el general Jimón y el doctor Sowton. El coronel Macmuerter le dijo:

—La colonia americana está alarmada porque circula por la ciudad el rumor de que usted ha entregado á Vidaurri, y por eso no lo han llevado á usted preso junto con

(a) El coronel Becker, que tomó parte en la expedición á Puebla, explica mejor que ninguno la "marcha larga y lenta" en que tanto hace hincapie Arellano, para quitar todo mérito á esa acción de armas. Así se expresa el coronel Becker, cuyas palabras son una respuesta categórica:

"Hay dos caminos para ir á Puebla: por Río Frio y por los Llanos de Apam. Este fué el elegido por dos razones: 1.^ª porque el 29 en la mañana, Márquez recibió la noticia de que el enemigo había hecho saltar el puente de Texmelucan (esta noticia resultó falsa, pero la supimos más tarde) y 2.^ª porque las únicas tropas capaces de que podía disponer Márquez era la caballería. En la infantería había apenas 500 soldados disciplinados. Nuestra superioridad en la caballería y la batería rayada que llevábamos, nos permitían obtener provecho en caso de combates en la llanura.

"La marcha fué difícil: las mulas de una de las baterías no estaban amaestradas y por esto al siguiente día se hizo necesario uncir bueyes á ella." Véase *Fin d'Empire* de Paul Gault, página 306.—[Nota de A. P.]

No bastándole esta elección para el cumplimiento de sus deseos, se puso en camino con increíble lentitud y, aunque no ignoraba que tres días antes de su partida de la capital, Puebla había sucumbido, empleó seis para correr en auxilio de los defensores. Cuando alejó bastante de

él. Nosotros que somos amigos de usted y lo conocemos perfectamente, antes de hablarle ni de saber cómo ha sido el caso, hemos contestado que cualquiera, que tal diga, miente; hemos respondido por usted, y hemos citado á su nombre á toda la colonia americana para esta tarde, á las cuatro, en la Gran Sociedad, para que usted mismo se vindique.

Como es de comprenderse, la desesperación del señor Wright y de su familia llegó al colmo, al verse víctimas, en recompensa á una buena acción, de tan infame calumnia. En ese momento maldijeron la gracia, (que como se verá después no fué más que momentánea) que les había concedido el general Vázquez, dejando en su casa al señor Wright. Este fuera de sí, estuvo á punto de atentar contra su vida; pero las lágrimas de su familia y las persuasiones de aquellos nobles amigos, á quienes toda su vida agradeció aquel favor, lo calmaron, y á las tres y media de la tarde se fué en coche con ellos á la Gran Sociedad. La colonia americana era en aquella época numerosa como nunca, por la gran afluencia de confederados que la conclusión de la guerra de los Estados Unidos había traído á México; por manera que cuando el señor Wright llegó, el local estaba pleno. Había también varios mexicanos, y entre ellos algunos policías de los que por la mañana habían aprehendido á Vidaurri.

El señor Wright hizo la narración exacta de los hechos

México á las tropas imperiales, en vez de verificar rápidamente una contramarcha sobre su base de operaciones, para evitar que el enemigo victorioso le cortase la retirada y le atacase con fuerzas numerosas, hizo alto durante dos días en la hacienda de san Lorenzo, con el fin de dar tiempo á

que llevamos referidos, y se suscitó tal indignación contra Bans y Taylor, que hubo individuos que los buscaron para matarlos; pero ya se habían escondido ó fugado, porque nadie pudo hallarlos.

El señor Wright recibió los abrazos y las felicitaciones de todos sus compatriotas; le ofrecieron ayudarle en cualquiera consecuencia que sobreviniera, y nombraron una comisión para que viese al Cónsul americano, pidiéndole que si el señor Wright era perseguido, le amparase como ciudadano americano. El Cónsul se negó á ello, diciendo que sentiría mucho que tuviese aquel señor algo que sentir; pero que nada podía hacer por él, porque no debía haberse mezclado en las cuestiones políticas del país. Se le hizo ver que aquéllo no era cuestión de política, sino de humanidad; pero fué inútil.

Entre tanto, el señor Wright, cuando concluyó su explicación, convino con los amigos antes citados en hacer todas las gestiones posibles para conseguir que se le permitiese ver á Vidaurri, á quien suponía que se iba á juzgar, y pedir su testimonio en todo lo que había pasado. Pero apenas salió de la Gran Sociedad, recibió la triste noticia de que el prisionero acababa de ser fusilado en la plaza de Santo Domingo [a]. De regreso á su casa, postrado por las fatigas y las emociones, y sin más alimento que una ta-

[a] Fué ajusticiado á las cuatro y media de la tarde. Manifestó vivo deseo de ver á su hijo; mas temiendo comprometerle, sintió grave pena y se le vió llorar. Sus últimas palabras fueron éstas.

—Deseo que mi sangre y la de los que están destinados

los vencedores para que lo rodeasen en la mala posición en que voluntariamente se había colocado. Tan luego como logró este resultado, ordenó que fuesen abandonados la artillería y los trenes, tiró el dinero que llevaba; y como si estas medidas no bastasen para desmoralizar á las

za de te que sus amigos le obligaron á tomar antes de salir, algo tranquilizado con su reivindicación, comenzaba á cenar, cuando llegó un jefe de la policía de los que habían asistido á la aprehensión de Vidaurri, intimándole á que se presentara con él en la Diputación, de orden del Gobernador, don Juan José Baz.

* * *

Desde aquel momento quedó preso, acusado por ocultación que había efectuado en su casa, y por sospechas de haber estado en connivencia con el Imperio. El señor Lerdo opinaba que se cumpliese el decreto publicado días antes, penando al señor Wright, y el señor Juárez, que se le condenase á dos años de prisión. La libertad del preso corrió gran peligro. Sólo pudo salvarle la valiosa influencia del señor don Francisco de P. Gochicoa, quien generosamente le defendió en varias conferencias que sobre este asunto tuvo con el señor Presidente y con los ministros; el respetable testimonio de los generales Aureliano Rivera y Paulino Noriega, que certificaron que el acusado había prestado servicios á la causa liberal, enviando ar-

ahora para ser fusilados, sea la última que se derrame en mi patria; pero me temo que no sea así.¹⁷

Los periódicos de la época noticiaron que el día de la aprehensión y el fusilamiento de Vidaurri, "el generoso y valiente ciudadano General Díaz difirió una tertulia familiar que se verificaría en su casa, para otro día, por respeto á la desventura y la muerte."²²

tropas, huyó el primero del campo de batalla sacrificando á su venganza hasta la reputación que de hombre valiente había adquirido. Entró, pues, en México dando la noticia de que todo se había perdido. Pocas horas después de su regreso á la capital, las voces que había propalado fueron completamente desmentidas por la presencia de

más y comunicaciones por encargo de la señora Baz al general Rivera, cuando se hallaba en Ajusco, manifestándose siempre adicto á la misma causa en cualquiera parte de la República donde se hallara, y la actividad é interés que desplegó en su defensa el señor Lic. José M. Calderón, personas todas de quienes la familia Wright recibió muy grandes y nunca olvidados favores, así como del señor coronel Santiago Smith y su señora, del señor Santiago Lohse y del señor obispo protestante Riley. La última circunstancia favorable que vino á determinar la libertad del señor Wright, fué la captura de O'Horan, en la que, habiendo acaecido cuando ya los ánimos se hallaban más calmados, se permitió al prisionero defenderse y no se impuso pena alguna á las personas que le habían ocultado, en la cual se fundó el Lic. Calderón para pedir la absolución de su defendido.

Mientras todo esto pasaba, la señora Wright, para desmentir las versiones erróneas que circulaban en el vulgo, publicó desde luego un remitido revelando los hechos, y al día siguiente de haber aparecido, se presentó en su casa la señora Julia Osollo con un recado del señor coronel Indalecio Vidaurri, en que mandaba decir á la señora Wright que había visto el remitido publicado por ella, relatando la desgraciada historia de su padre; que se hallaba preso en el ex-convento de Regina, y por lo mismo imposibilitado para ir á dar á la familia las gracias por la protección que había dispensado á aquel ser tan querido para él.

más de la mitad de las tropas que había sacado; y habiendo sido reorganizadas durante la derrota, fueron valientemente conducidas por el coronel de húsares austro-mexicanos Khevenhuller, quien se encargó del mando en jefe de la división, al saber que el lugarteniente del Imperio había huido del campo de batalla.

* * *

Después se supo muy detalladamente la infamia de Taylor, por el mismo hijo de Vidaurri, Indalecio, quien refirió que cuando se encontraba el general en Palacio, con las onzas de oro sobre la mesa, estaba aún abajo Quiroga y él en espera de su padre, para intentar con la caballería una salida desesperada, en la cual ó se salvaban ó perecían juntos; pero que Taylor dijoles que ya el general no estaba, que había ido á esconderse, y que lo mismo, según su orden, hicieran ellos; para lo cual les indicó determinado lugar, donde luego les daría alcance, con objeto, deciales, de ponerles más á salvo. Por fin les manifestó que estuvieran del todo tranquilos y que iba á avisar al general que no tuviera cuidado; siendo de seguro entonces cuando se llevó á Vidaurri y le robó el cinturón con el dinero, porque á ellos les constaba que el Palacio estaba enteramente solo. A los pocos días de tenerlos en su casa, comenzó á instarles para que le prestaran cinco mil pesos (la misma cantidad que pedía á Vidaurri), sólo que á ellos les decía que era para entrar en sociedad en una línea de carros.

Ellos le hicieron ver que en aquellos momentos no podían, porque ni tenían aquella cantidad, ni debían quedarse sin la que tenían, en circunstancias tan críticas; que contara con los cinco mil pesos luego que pudieran salir de la ciudad. Pareció conformarse; pero á los dos días notaron que él ó la mujer les habían robado, durante la noche, de sus vestidos, algunas onzas que tenían en el bolsillo.

Ante un desastre de esta naturaleza y acompañado de circunstancias tan vergonzosas, el general Portilla, ministro de la guerra, con su lealtad y dignidad conocidas, propuso á los ministros que Márquez fuese sometido á un consejo de guerra como general que había sufrido una derrota.

Entonces temieron que cuando les robase el resto los vendiera, y esperando la noche, antes de que él llegara, y cuando la mujer estaba sola, confiándose de la suerte, se embozaron en sus sarapes y salieron, diciendo á su guardiana que iban á dar una vuelta.

De allí fueron á pedir asilo á una pobre lavandera que estaba encargada de cuidarles su ropa, la cual los tuvo escondidos hasta que, habiendo sabido el fusilamiento de su padre, se presentaron acogiéndose al indulto.

En cuanto á Bans, Vidaurri le había entregado en calidad de depósito cincuenta mil pesos, del préstamo forzoso impuesto á los capitalistas en los días del sitio, y de los cuales tocaron otros cincuenta mil á Márquez é igual cantidad á otro jefe imperialista.

—Por manera, agregó el señor Vidaurri, que mi padre mismo se mató, poniéndose en manos de los que tenían interés en deshacerse de él. Bans, en combinación con Taylor, lo entregó para quedarse con los cincuenta mil pesos, simulando un viaje, para que el otro viera de qué modo le arrancaba mientras el dinero que pudiera tener en otra parte, y cuando vieron que no había más, lo entregaron para ganar también el precio de la denuncia. Antes que á mi padre, debían habernos vendido á Quiroga y á mí, si no nos hemos escapado tan á tiempo. ¡Que Dios los perdone!

* * *

Como epílogo de esta triste historia, cuando todos los prisioneros que se hallaban en Perote y otras prisiones, fueron puestos en libertad, el señor Indalecio Vidaurri logró

El ministerio no apoyó esta proposición, que era, por lo demás, casi irrealizable, puesto que el autor del desastre disponía entonces de la fuerza armada que estaba en la capital. Más tarde veremos lo que le valió al ministro de la guerra este acto de energía.

Vidaurri y Quiroga, que no podían estar engañados como el público, respecto á la misión que había traído á México el lugarteniente del Imperio, le exigían vivamente que volase sin retardo al auxilio de Querétaro con las pocas tropas que le quedaban; pero Márquez se obstinó en no obsequiar estas indicaciones. Hasta llegaron á proponerle que irían ellos mismos escoltados por alguna caballería, para llevar al ejército imperial, cápsulas y plomo de que tanto necesitaban; nada pudo conseguirse, ni la autorización para que Vidaurri y Quiroga obraran en el sentido que proponían, ni la remisión de recursos al ejército sitiado en Querétaro. (a)

obtener la licencia para exhumar el cadáver de su padre, que estaba enterrado en San Pablo, y fué á suplicar al señor Wright que le prestara el último favor, acompañándolo le á cumplir con este penoso deber.

El señor Indalecio Vidaurri se despidió de la familia, repitiéndole sus agradecimientos, y partió para su Estado, llevándose consigo los fúnebres despojos del desgraciado presidente del Consejo de Ministros de Maximiliano.—

[Nota de A. P.]

(a) Vidaurri hizo ver á Márquez la necesidad de regresar á Querétaro en auxilio de Maximiliano y el lugarteniente puso á disposición de aquél, para satisfacer su de-

De todos los elementos que eran indispensables á los heróicos soldados que combatían bajo las órdenes del Emperador, uno solo, el dinero podía remitirse á Querétaro sin necesidad de escolta, puesto que era posible mandarlo en libranzas. Vidaurri con este fin entregó á Márquez 150,000 pesos, y si esta cantidad hubiera llegado oportunamente, tal vez el Emperador y su ejército se hubieran salvado.

La pérdida de Querétaro tuvo por causa principal la horrible miseria y todos los males que de ella se derivan en circunstancias tan críticas, como las que resultan siempre de una defensa prolongada.

Bien se guardó el lugarteniente del Imperio de remitir las libranzas á su destino, y las conservó para sí, como lo probaremos al ocuparnos más tarde en el sitio de México.

La expedición de Puebla aseguró á Márquez el triunfo de su venganza. Habiéndose perdido todos los elementos que sacó de la capital, con excepción de todas las tropas que reorganizadas

seo, lo mejor de armas y municiones que había en la Ciudadela. La caballería de Quiroga debía verificar la marcha, para lo cual ordenóse á su jefe que se proveyera á entera voluntad de los caballos de los ricos de México, los cuales caballos valían, el que menos, 500 pesos. Además, se le habilitó con 26,000 pesos. Sin embargo, arreglado ya todo, Quiroga, á la cabeza de su flamante é intrépida caballería, dijo que no había hallado punto alguno por donde romper el sitio.

[La fuerte suma no reingresó en la Tesorería! [Nota de A. P.]

volvieron á México, y facilitado así el sitio de esta plaza, era seguro que el Emperador y sus soldados habían de sucumbir infaliblemente, aunque hiciesen heróicos sacrificios. Aunque ignorado hasta hoy ese heroísmo, muy digno es de que la historia lo consigne en sus páginas con letras de oro.

La derrota de Márquez en San Lorenzo y la dispersión de sus tropas, después de tan extraña derrota, debían ser y fueron seguidas del sitio de la capital; pero, antes de ocuparnos en esto, es preciso dar cuenta de los gloriosos y terribles acontecimientos de que fué teatro Querétaro.

XVII

La separación del general Márquez hace posible la defensa de Querétaro.—Los republicanos reciben refuerzos.—Ataque del 24 de marzo.—Improvisación de establecimientos de artillería.—Necesidad de estar á la defensiva hasta la vuelta de Márquez.—Salidas en los días 22 de marzo, y 1º y 24 de abril.—Miramón y Arellano proponen al Emperador salir de la plaza.—No es aceptada su proposición.—Junta de guerra de generales, verificada el 19 de abril.—Resoluciones de la junta para continuar la defensa hasta el regreso de Márquez.—El pueblo y el ejército se alimentan con carne de caballo y mula.—Miseria.—Ataque del Cimatario.—Salidas en los días 1º y 3 de mayo.—Ataque del 5 de mayo.—Carta del Emperador dirigida á Márquez.—No siendo posible por más tiempo la defensa, se hace la proposición de no sostener el sitio.

La partida del antiguo jefe de Estado Mayor, no fué sentida por nadie, ni tuvo influencia digna de ser apreciada respecto á la heroica defensa intentada por el ejército imperial, en la ciudad que después fué el teatro de la gloria y del infortunio. Imposible hubiera sido que la plaza se sostuviese, si la dirección de la guerra hubiera quedado entre las manos de un hombre que meditaba constantemente una terrible venganza, y

que para satisfacerla, traicionaba sin descansar al Emperador y á sus soldados.

Al otro día de la partida de este hombre funesto, el Emperador y el general Miramón comenzaron á tratarse con menos frialdad. El Emperador hizo además á Arellano el honor de llamarle dos veces á su consejo en unión de Miramón y del nuevo jefe de Estado Mayor. El que esto escribe había sido el primero en lamentar la falta de completa armonía entre los dos hombres de la situación, y se empeñó tanto en volverlos á reconciliar, cuanto Márquez se había empeñado en desunirlos. Muy fácilmente se cumplió con esta misión impuesta por el deber, las convicciones y la más sincera amistad. Era preciso, pues, que aquellas dos almas grandes, leales y generosas, se estrechasen íntimamente. Tres días después de la salida de Márquez, el Emperador y Miramón se profesaban una amistad sincera y que no dejó de unirlos ni en el momento en que cayeron juntos con el pecho despedazado por las balas republicanas.

Algunas horas después de la partida del traidor, los sitiadores recibieron un refuerzo de... 10,000 hombres á las órdenes de Riva Palacio y de Jiménez (a). En estas nuevas tropas, cuya

(a) "El General Riva Palacio llegaba con parte de las fuerzas del primer Distrito del Estado de México, compuestas de mil cuatrocientos hombres, una batería de montaña con poca dotación de municiones y alguna caballería irregular; los infantes, aunque nuevos, presentaban buena organización, y quedaron acampados en la Cuesta

llegada se supo en la plaza hasta el día siguiente, iba el tráfuga Velez, general imperialista, quien mirando seguro el triunfo de los republicanos, desertó de su bandera sin ruborizarse y se pasó al campo liberal. El conocimiento de este hecho es necesario para apreciar mejor la traición de López, y sobre todo, para explicar cómo han podido tomar á lo serio el papel de héroe, que, en la ocupación de Querétaro, se atribuyó á Vélez, quien fué víctima de la rechifla pública, cuando los acontecimientos fueron bien conocidos.

Reforzadas las tropas sitiadoras atacaron la plaza resueltamente por el lado sur, el 24 de marzo. El valor de Miramón y el del ejército imperial, conducido rápidamente al lugar del combate, permitieron repeler el ataque á pesar de la falta de obras de defensa, que hacía difícil la resistencia, como ya lo había previsto y preparado el general Márquez.

El arrojó de los republicanos, en esta vez, fué formidable, y hubo un momento en que la infantería y la caballería imperiales fueron primero rechazadas, y las columnas del enemigo avanzaron hasta la línea de defensa, pero Arellano, dirigiéndose al principal lugar del combate, las ame-

de China, donde se municionaron y alistaron para que estuviesen prontos á combatir." *Reseña histórica de la formación y operaciones del cuerpo de ejército del Norte*, por Juan de Dios Arias, página 164.

Riva Palacio llegó á Querétaro al día siguiente de haber roto el sitio Márquez, es decir, el día 23 de Marzo.—

[Nota de A. P.]

tralló y las obligó á detenerse, batiéndose después en retirada (1).

Este asalto que puso á la plaza en el peligro de caer en manos de los sitiadores, una vez repelidos victoriosamente, ocasionó que el sitio fuera más riguroso. De una parte y de otra se emprendieron trabajos en toda la línea, y una serie de combates, cuyo recuerdo será siempre glorioso para el Emperador, para Miramón y para toda la tropa, comenzó inmediatamente. Presas de miseria y de hambre las tropas imperiales, hicieron en aquel día prodigios de valor y dieron pruebas de admirable abnegación.

En muy pocos días quedaron establecidas las fábricas de pólvora y de salitre, las carboneras,

(1) Obligados por la verdad histórica á vencer la repugnancia que sentimos para referir hechos personales que no fueron á nuestros ojos, sino el estricto cumplimiento del deber, conocemos la necesidad de darles una autoridad indispensable citando testimonios irrecusables.

Terminado el combate, volvimos á colocarnos al lado del Emperador, quien nos saludó públicamente con el título de general, título que aun no teníamos. El mismo día 24 de marzo, el Soberano nos remitió el despacho de este empleo, en el tenor siguiente:

“Visto el valiente comportamiento y la grande actividad desplegada en el servicio de su arma por el coronel de artillería Manuel Ramirez de Arellano, le nombramos, etc., etc.”

Los términos lisonjeros en que este despacho está concebido, se refieren también á la creación instantánea de los establecimientos de artillería, de que habíamos hablado al Soberano en la conferencia del día 20 de marzo.

las fundiciones de proyectiles, fraguas, hornos y capsulería; entraron en movimiento los talleres indispensables para la reparación de la artillería, se construyeron moldes para fundir proyectiles de diverso calibre; con este fin, se artillaron las campanas de las iglesias y la cubierta del techo del teatro, que, como hemos dicho ya, era de plomo, las cápsulas de metal que faltaban completamente, se suplieron con otras de cartón; se procuró también reparar las piezas de artillería, las tiznadas por un fuego continuo, se repararon; por último, los cañones que en las salidas se tomaron al enemigo, lo mismo que millares de fusiles que se encontraban inutilizados y en depósito, y que por el ejercicio continuo habian quedado inservibles. Todas estas operaciones fué preciso practicarlas sin los útiles y sin las maquinarias tan indispensables en esta clase de trabajos.

Algunos centenares de operarios se ocuparon día y noche en la ejecución de estas obras, y Arellano empleó todos los medios extraordinarios para llevarlas bien á cabo, á pesar de las circunstancias terribles en que se encontraba la plaza. De esta manera se logró que provisionalmente se salvara la situación, y se hubiera salvado de una manera completa si Márquez con tiempo hubiera mandado los recursos que salió á solicitar. Después de la partida de este general, la pequeña división que pompósamente era llamada ejército imperial, quedó reducida á poco menos de 7,000 hombres; mientras que el ejército ene-

migo, que aumentaba cada día, llegó á contar más de 30,000 combatientes. Adoptada resueltamente, y como una medida salvadora, la idea de permanecer en la plaza hasta la llegada de las tropas auxiliares, é ignorándose la conducta que iba á seguir el verdadero autor de la situación que guardaba el ejército imperial, éste tuvo que atenerse á la defensiva, ejecutando salidas sucesivas contra los sitiadores; pero que fueron de poca importancia. Sin embargo, en todas ellas desplegó un valor y una inteligencia extraordinarios, y que en otras condiciones hubiera bastado para derrotar á los republicanos y obligarlos á levantar el sitio.

Cuando el curso de los acontecimientos vino á probar que este medio, que se creía de salvación, lo había sido esencialmente de ruina, se llegó á comprender cuán grandes habían sido las pérdidas sufridas por el ejército imperial. Sea por el fuego del enemigo, sea por el tifo que se desarrolló entre las tropas, sea, en fin, por las malas condiciones higiénicas de la alimentación del soldado, la miseria, la imperfección del servicio sanitario, la hambre y la desertión, lo cierto es, que, en el último período del sitio, el efectivo de los defensores de Querétaro quedó reducido á 5,000 hombres. Por consiguiente, los sobrehumanos esfuerzos hechos después de una prolongada espera para la salvación común, fueron del todo impotentes, y lo fueron mucho más cuando la desgracia se cebó en las tropas imperiales hasta sus últimas salidas.

Habiendo el Emperador aprobado las operaciones militares de Miramón, este valiente general ejecutó é hizo ejecutar admirables movimientos, que, felices ó desgraciados, siempre excitaron la admiración de imperialistas y republicanos, y causaron á éstos varias veces tales pérdidas, que creíamos inminente su derrota, hasta obligarlos á levantar el sitio. La existencia militar de Miramón, sembrada de célebres acciones durante la guerra civil, se eclipsó completamente ante los brillantes hechos de armas de Querétaro: era un meteoro que por última vez desplegaba todo su brillo para apagarse en el sepulcro.

El ejército imperial, obligado á estarse á la defensiva hasta la vuelta tan deseada del traidor, tomó con frecuencia y á pesar suyo, una ofensiva parcial, muy ventajosa en tales circunstancias. Libre el Emperador de la funesta influencia de Márquez, y el jefe de la infantería (Miramón) no teniendo ya que temer las intrigas con que el jefe del Estado Mayor hacía sus operaciones inútiles, intentó, el día 22 de marzo, una salida al oeste sobre las haciendas de la *Congregación* y *San Juanico*, á la cabeza de mil quinientos hombres apoyados con cuatro piezas de campaña. El resultado de este hecho de armas fué que Miramón batió á la caballería enemiga, la obligó á que se retirara de las haciendas, y les quitó á los sitiadores, caballos, víveres y forrajes que introdujo en la plaza.

Como ya hemos dicho, el 24 del mismo mes, los republicanos atacaron resueltamente la plaza

de Querétaro con fuerzas numerosas; Miramón fué quien entonces dirigió la defensa, y los republicanos fueron rechazados con una pérdida de más de 500 hombres.

El 1º de abril, Miramón salió de nuevo de la plaza con 1,500 infantes. Su objeto era sorprender la posición avanzada de los republicanos, que ocupaban *San Sebastián*, posición que estaba defendida por la iglesia fortificada de la *Cruz del Cerrito*. Este movimiento, ejecutado con toda precisión, fué llevado á feliz éxito: se tomaron entonces al enemigo dos obuses de montaña; pero la columna imperial, viéndose acometida por numerosas fuerzas republicanas, tuvo que volver á entrar en la plaza.

Con el fin de expeditar la salida de algunos pliegos secretos que se remitían á Márquez, se dispuso para la mañana del 11 de abril una salida al este, al mando del coronel príncipe de Salm Salm, á quien se le ordenó hiciese simplemente una demostración sobre la *garita de México*. El príncipe dirigió con valor este ataque, que no dió todos los resultados que se esperaban, pues la posición de los republicanos en aquel lugar era más fuerte de lo que se creía.

Los veinte días que se juzgaban necesarios para la vuelta del general Márquez, habían transcurrido, y no habiendo recibido el Emperador despacho alguno, sin embargo de que el jefe del Estado Mayor le había prometido escribirle tres veces al día, le hizo indispensable remediar aquel estado de cosas tan inesperado como alarmante.

Con este fin, los generales Miramón y Arellano, el 11 de abril, hicieron por escrito al Soberano la proposición de salir de la plaza á la cabeza de 1,000 caballos para obligar á Márquez á que socorriese prontamente á Querétaro. La exposición que se presentó decía así: "*Señor.—La difícil y penosa situación en que se encuentra V. M. y el ejército, teniendo por causa única y principal el retardo del general Márquez, impone á los generales que suscriben el deber de hablar á V. M. con la lealtad de caballeros y con la franqueza de soldados. Al estado en que hemos llegado por causa de errores pasados é irremediables, la plaza de Querétaro, y con ella el Imperio, la persona de V. M. y nuestro valiente ejército no podrán salvarse sin el auxilio de las tropas, que el general Márquez no quiere ó no puede mandar sobre el enemigo que nos asedia.*"

"Llegadas las cosas á tal extremidad, no es posible esperar más, para emprender después una retirada imposible, sobre todo cuando su realización no es sino un sueño ó el resultado de un delirio, si se lleva al terreno de la práctica."

El pensamiento que motivó esta carta dirigida al Emperador, se resumía en las dos siguientes proposiciones:

"1ª Puesto que el triunfo de las tropas que defiende esta plaza, exige el violento concurso de una fuerza auxiliar, *V. M. se dignará salir con 1,000 caballos para obligar al general Márquez á que obre en el sentido ya expresado, batiendo*

do al enemigo que se encuentra sobre el camino de México.

"2^a Si V. M. no cree conveniente su salida de esta plaza, el general Mejía lo verificará, con la fuerza ya dicha, y se irá á reunir con el general Márquez para obligarlo á *que ejecute las órdenes que por V. M. tiene ya recibidas.*

"En cualesquiera de los dos casos, los generales que tienen el honor de dirigirse á V. M. se comprometen á defender y conservar la plaza hasta la llegada del ejército auxiliar, y en caso de una desgracia, hasta que, sabiendo de una manera positiva la derrota que pudiera sufrir Márquez, se vean obligados á romper el sitio á viva fuerza" (1).

Estas proposiciones tenían por objeto un hecho importante y que no se consignó en ellas por escrito, porque se oponía, para hacerlo así, el heroísmo del Emperador. El pensamiento que ocultaban las proposiciones, era el de salvar la persona del Soberano, substrayéndola de los peligrosos acontecimientos que se preparaban por el retardo de Márquez. Obtenido este resultado, no por eso dejaría de llegar el refuerzo que se

(1) Habiendo encontrado los republicanos entre los papeles que se perdieron en Querétaro la minuta sin firma de esta comunicación, la publicaron después los diarios de México, entre otros *El Globo* de 28 de julio de 1867, con el carácter de documento histórico. Los redactores de este periódico supusieron que, además de Miramón y Arellano, habían firmado dicha comunicación los generales Mejía, Castillo, Casanova y Valdés.

esperaba, y en el caso contrario se recibiría por lo menos el aviso de que no se esperara y así cesaría el único motivo que se había tenido presente para defender la plaza con tanta obstinación. Cuando se llegase por último, á conocer la conducta del general Márquez, las tropas imperiales romperían el sitio sobre la marcha, evitando de este modo gran parte de los terribles resultados, que muy probablemente, más tarde, habían de aniquilarlas. Esta medida de salvación, única que pudiese tomarse en tales circunstancias, se propuso al Emperador, un mes antes de que López entregase la plaza á los sitiadores.

El 11 de abril, después del medio día y en el seno del Consejo, en el cual tomaban parte diariamente el Emperador, Miramón y Arellano, el primero contestó en los siguientes términos la comunicación que se le había dirigido pocas horas antes:

"Con verdadero placer me he impuesto de vuestras proposiciones, y estoy decidido á no separarme de Querétaro, porque si hay gloria en permanecer aquí, reclamo de ella la parte que me toca, y si por desgracia llegamos á sucumbir, quiero tener en el peligro común, también la parte que me corresponde. Sin embargo, como vuestro pensamiento es bueno, adopto la segunda proposición: el general Mejía, á quien he visto hoy, me ha ofrecido que dentro de tres días ya podrá montar á caballo y partirá para México, *investido de plenos poderes para destituir á Már-*

quez y traernos los auxilios que nos son indispensables."

Por desgracia, el general Mejía no llegó á salir de la plaza. Mezquinas pasiones é intrigas, que tenían por objeto una capitulación, aniquilaron el único medio que quedaba para conjurar los peligros de toda especie, de que nos hallábamós cercados y que al estallar, desenlazaron por fin la penosa situación en que Márquez había puesto á las tropas imperiales.

Ocho días habían pasado y el general Mejía no anunciaba el restablecimiento de su salud. El Emperador pensó entonces en encargar el desempeño de esta nueva misión, ó al general Castillo, ó al general Moret y al coronel Príncipe de Salm Salm. Pero como el tiempo perdido en estas vacilaciones hacía que la situación fuese cada día más tirante, el Emperador resolvió someter este grave asunto, lo mismo que la decisión sobre el mayor tiempo que aun podría defenderse la plaza, y otras cuestiones que se referían á esta defensa, á una junta de generales que se reunió el 19 de abril, bajo la presidencia de Miramón, y que adoptó, entre otras resoluciones, las siguientes, que fueron aprobadas por el Emperador:

"1ª La defensa de la plaza se proseguirá hasta que se sepa definitivamente si el general Márquez la socorrerá ó no.

"4ª La plaza se defenderá hasta el completo agotamiento de toda clase de auxilios.

"6ª La caballería se conservará en la plaza, con excepción de una pequeña parte confiada al general Moret, al Príncipe de Salm Salm y al coronel Campos" (1).

De esta manera quedó desnaturalizado en su ejecución el pensamiento de salvar al Emperador y al ejército; porque las personas encargadas de realizarlo no tenían el carácter necesario ni el poder bastante para destituir á Márquez. Sin embargo, la salida de los jefes, de que habla la 6ª resolución, podía ser provechosa á los sitiados, por lo menos en el sentido de que ellos transmitirían las noticias que el traidor se cuidaba de mandar, con el fin de entretener á los defensores de Querétaro, con la esperanza de un pronto socorro. Pero el destino, siempre superior á los proyectos del hombre, echó por tierra el último que se había formulado. La salida del general Moret, intentada en la noche del 21 de Abril, tuvo un éxito desgraciado: los republicanos rechazaron la caballería que formaba su escolta. Sólomente el audaz guerrillero Zarazúa logró pasar por entre sus líneas, á la cabeza de 50 caballos.

Las desgraciadas tropas imperiales, víctimas de la más completa miseria, permanecían en la más terrible inquietud, pensando sólomente en la vuelta del general Márquez. Desde el Emperador hasta el último soldado, todos sin excepción,

(1) Acta de la junta de guerra del 19 de abril de 1867, firmada por Miramón, Mejía, el ministro García Aguirre, Gutiérrez, Valdés, Méndez y Arellano.

contaban los días, las horas y los segundos. Era preciso que con tan larga espera, la moral del soldado se resintiese extraordinariamente.

El pueblo y los soldados tenían hambre; pues ya el maíz y los efectos de primera necesidad se habían completamente consumido. Fué necesario buscar en la carne de caballo y después en la de mula uno de los alimentos más indispensables. Con este fin se mataron bastantes caballos de la tropa y mulas de tiro de la artillería. Esta medida tuvo el doble efecto de proveer á las principales necesidades del pueblo y del ejército, y evitar á los animales el tormento de morir de hambre, puesto que no había con qué alimentarlos por la falta completa de pasturas. Las mulas de artillería, que aun estaban vivas en la noche del 14 de mayo, llevaban varios días de no comer. La escasez de dinero también era extraordinaria, y con suma dificultad se conseguía diariamente una parte de la cantidad necesaria para pagar los cuerpos, y aún para esto, los oficiales encargados de conseguir recursos, empleaban para ello medidas severas y peligrosas contra las personas acomodadas.

En el ejército, que ni sospechaba la traición de que era víctima, el entusiasmo se extinguía gradualmente; y el Emperador para sostenerlo en sus soldados y revivir en ellos la moral perdida, tuvo que recurrir á todas las estratagemas que son permitidas en el derecho de gentes; con este fin, y confiando en la probabilidad de que el general Márquez ya estaría cerca de Querétaro, el

nuevo jefe de Estado Mayor daba autorizadas con su firma y con su carácter oficial noticias falsas anunciando la llegada de los auxilios tan largo tiempo esperados. El Emperador y los generales Miramón y Arellano propagaban estas noticias y garantizaban la exactitud de ellas para obtener el resultado propuesto, durante el último período del sitio. El Emperador se vió obligado á inventar el texto de comunicaciones que fingía haber recibido de Márquez y de Vidaurri, y en las cuales éstos le participaban que pronto estarían sobre las fuerzas sitiadoras, y le daban noticia de la organización que habían dado á sus tropas.

Estas comunicaciones fueron certificadas y publicadas por el jefe de Estado Mayor para dar á su contenido toda la fuerza de la verdad (1). Los felices acontecimientos que ellas anunciaban, fueron celebrados con repiques y salvas de artillería, la multitud acogía esta demostración con entusiasmo, lográndose solamente así retardar los inevitables efectos de la traición y alimentar en los corazones la esperanza de que un desenlace favorable pondría fin á la más terrible y angustiosa de las situaciones.

Durante este período, las salidas contra los sitiadores se verificaban siempre que se presentaba una oportunidad. El 24 de abril, los coroneles

(1) De orden del Emperador se imprimieron estas comunicaciones y noticias falsas, esparcidas entre el pueblo y el ejército en diversas ocasiones.

Gayón y González intentaron una de estas operaciones, el primero con 200 infantes y el segundo con 300 caballos. La infantería marchó con el fin de llamar la atención del enemigo que guarnecía una trinchera, mientras que la caballería marchaba de flanco para cargar rápidamente sobre estas fuerzas de los sitiadores. La guardia de la trinchera se puso en fuga, dejando en el lugar de la refriega una veintena de muertos y otros tantos heridos.

El 26 de abril, el Emperador comprendió claramente la traición de Márquez. Había recibido en aquellos momentos noticias pormenorizadas acerca de los torcidos consejos que aquél le daba, y de los proyectos por él formados y que eran ignorados de Miramón y Arellano. Persuadido, pues, el Emperador de la deslealtad del hombre que pretendía sacrificarlo, aprobó un plan presentado por Miramón para el ataque de la línea enemiga del sur, establecida en la formidable posición del *Cimatarío*. Este plan consistía en sorprender las obras avanzadas del enemigo, hechas con el fin de estrechar el sitio. Si se lograba esta ventaja, Miramón asaltaría la posición del *Cimatarío* por la extremidad derecha de las paralelas de este frente de ataque hasta la altura de la primera, y volviendo en seguida sobre la derecha, batiría al enemigo por la retaguardia. Los republicanos desorganizados por este punto, sufrirían otro ataque por distinto frente, de tal suerte, que el enemigo batido así en detal, la salida proyectada tendría por resultado que aquél le-

vantara el sitio. Miramón se encargaría de dirigir todas estas operaciones hasta su término, mientras que Castillo, estableciéndose con 1,200 hombres y una batería de campaña al este de la plaza, formaría una línea de batalla perpendicular á las obras de defensa de este frente, sobre las cuales apoyaría su izquierda, con el objeto de impedir á los sitiadores el que corriesen al *Cimatarío*.

Al rayar el alba del día 27 de abril, Miramón puso en ejecución su plan, tal como lo había concebido, y batió en una hora con 2,500 hombres á los 10,000 republicanos que ocupaban el *Cimatarío*. Poco tiempo le bastó para enseñorearse de aquella posición formidable y para apoderarse de 21 piezas de artillería, que mandó conducir á la plaza. A Castillo no le fué posible establecerse de la manera que se le había indicado; y los republicanos lanzaron un grueso de 5,000 hombres, que ocasionó graves pérdidas al ejército imperial, y recobró la posición de donde habían sido arrojadas las numerosas tropas de Michoacán y de Sinaloa. Los sitiadores tuvieron que volver á entrar en la plaza diezmados por el fuego del enemigo. Después de la salida del 27 de abril, se intentó otra al este, el 1.º de mayo, por el coronel Rodríguez, quien, á la cabeza de dos batallones, se encargó de atacar la *Garita de México*, después de que Arellano hubiese batido en brecha la hacienda de *Calleja*, para facilitar el paso de la columna. El valiente coronel Rodríguez recibió en este combate un balazo en

el corazón, y, al verlo caer muerto, sus soldados se desorganizaron; á los republicanos les fué entonces fácil rechazarlos y Miramón se vió obligado á ordenar la retirada de las fuerzas á la plaza.

El fatal resultado que tuvieron todas estas tentativas, era preciso neutralizarlo con un ataque decisivo. Animado con la esperanza del triunfo, Miramón atacó el 3 de mayo al grueso del ejército sitiador, situado al norte sobre el *Cerro de San Pablo*. El ataque en su principio fué feliz; ya los imperialistas habían tomado la primera posición del enemigo y una pieza de campaña, cuando se desorganizaron al ver caer heridos, casi á un mismo tiempo, al coronel Sosaya (1) y á los tenientes coroneles Franco y Ceballos. Desde este momento, los sitiadores lanzaron sus columnas de reserva sobre los imperialistas, á quienes rechazaron vigorosamente, causándoles pérdidas sensibles. El resultado de esta acción debilitó de tal manera la moral de los soldados que les quitó hasta la esperanza de tomar la ofensiva, y sólo hubieran recurrido á ella otra vez, para que terminase definitivamente su penosa situación.

No se pasaba un solo día sin que el Emperador escribiese dos ó tres cartas al célebre Lugarteniente del Imperio, excitándole para que remitiese á la plaza de Querétaro los recursos de que había tan urgente necesidad. Bastará copiar, entre esa multitud de cartas, la escrita en 7 de mayo,

(1) En el texto en francés se lee "colonel Sosa."

pues ella basta para dar una idea de la situación en que se encontraban las tropas imperiales.

He aquí la carta:

"Mi querido general Márquez:

"El estado físico y moral en que, después de sesenta y cuatro días de sitio rigoroso, se encuentran nuestro ejército y el pueblo de Querétaro, hace que la defensa de la plaza sea imposible, por un período de tiempo más largo.

"Os remitimos juntos con la presente algunos ejemplares de los decretos que nos hemos visto obligados á expedir, y ellos os darán idea de la penosa situación que guardamos.

"El bien de la Nación y del ejército, la salvación de esta leal é importante ciudad exigen que diariamente nos mandéis tres correos escoltados por 25 ó 50 caballos, para que puedan penetrar en la plaza por sorpresa. Es de absoluta necesidad que por este medio nos deis noticias de vuestra aproximación, del día en que vuestras tropas ataquen á los sitiadores, por qué puntos y la dirección que seguireis, lo mismo el avance que tengais en vuestra marcha. Esta última parte de nuestras instrucciones es de la más alta importancia, porque nuestra permanencia en Querétaro ya es casi imposible.

"Nuestro ejército ha desplegado en su crítica situación, y en espera de los recursos que habíais de mandar, un heroísmo y un estoicismo sin igual; ante la patria y ante la historia sereis, pues, el único responsable de las consecuencias que re-

sulten de vuestra tardanza, que ya excede á todo límite prudente.—MAXIMILIANO" (1).

Por fin, al llegar el 10 de mayo, el hambre había hecho tales estragos en el ejército y la población, que ya se hizo imposible á costa de tan grandes sacrificios prolongar la defensa de la plaza, tan sólo para esperar que el traidor la socorriese con nuevos auxilios y poner término á los males que había causado con su conducta. En presencia de semejante situación, el Emperador, de acuerdo con Miramón y Arellano, resolvió intentar el último recurso, y en verdad supremo, cual era el de romper el sitio y abandonar Querétaro. Esta determinación se tomó, teniendo la certeza de que Márquez, después de cincuenta y cuatro días, ya no iría á socorrer á los sitiados.

(1) Esta carta fué redactada por Arellano y, conforme á la voluntad del Emperador, traducida á la clave convenida, por su secretario D. Luis Blasio.

XVIII.

El general Mejía promete armar al pueblo de Querétaro, y se trasfiere por esto el rompimiento del sitio para dentro de tres días.—El Emperador pide á los generales comandantes de las tres armas una relación acerca del estado de la plaza.—Hace constar la conducta del general Márquez y la responsabilidad que ha caído sobre él.—Se hacen preparativos para salir el 14 de mayo.—Petición de Méndez.—Traición de López.—Parte que en la traición tomó el transfuga Velez.—El Emperador señala á Márquez como al principal traidor.

A las grandes dificultades con que luchaba el ejército imperial por la traición de Márquez, se agregaron otras después debidas á las circunstancias. Una de las principales fué el deseo secreto que tenían los generales Mejía, Méndez y otros de capitular con los republicanos.

Mejía permaneció la mayor parte del tiempo que duró el sitio, encerrado en una casa, por motivo de la enfermedad que le aquejaba; Méndez también hizo lo mismo, pero, sin embargo, tomó parte hasta el 27 de abril en las principales acciones que se dieron durante el asedio.

Tan luego como el general Mejía supo la resolución que se había tomado para terminar la defensa de la plaza, se presentó al Emperador,